

Contra injerencias políticas en el BCR

Con buen criterio, la Comisión de Constitución del Congreso ha aprobado un dictamen que modifica el sistema de elección de los directores del Banco Central de Reserva (BCR), con el propósito de asegurar su autonomía y evitar la nociva injerencia política de los gobiernos de turno.

Se propone, al efecto, dos cambios fundamentales: que el mandato de los directores dure siete años, para evitar que coincida con el de la elección del presidente de la República; y que cada año se cambie un director, en una rotación que debe ser objetiva y basada en criterios estrictamente técnicos.

De antemano, la propuesta de la Comisión de Constitución es oportuna y coherente. Corresponderá ahora al pleno tomar la posta para aprobar la modificación, de cara al interés nacional y descartando cualquier compromiso o negociación politiquera.

No puede repetirse lo sucedido en setiembre y octubre del año pasado cuando algunos grupos apristas y humalistas presionaban para cubrir con sus incondicionales la presidencia

del BCR y tres plazas de directores, sin considerar las graves consecuencias que ello podría traer al país. Y fue solo después de un escándalo nacional y de la crítica de la prensa independiente que se impuso la cordura y se designó al reconocido economista Julio Velarde como cabeza de la entidad monetaria y luego se nombró a los otros tres directores.

El Congreso tiene ahora que seguir asumiendo su responsabilidad de asegurar la estabilidad y autonomía del organismo encargado, según la Constitución, de regular la moneda y el crédito del sistema financiero, así como de administrar las reservas internacionales. Por lo mismo, así como debe elegirse a gente profesional y capaz para dirigirlo, tienen que revisarse los procedimientos para blindar su autonomía de cualquier injerencia política indeseable.

Como ya lo hemos señalado previamente, uno de los puntales de la reforma del Estado debe ser consolidar la plena autonomía de los organismos reguladores, fiscalizadores y controladores, entre ellos el BCR, precisamente para asegurar la transparencia y eficacia de la gestión pública. ■

Razones para destituir a los alcaldes holgazanes

El proyecto para destituir a los alcaldes o regidores que se ausenten de su jurisdicción por cien días continuos o alternados durante el año tiene sentido. No puede ser buen alcalde quien abandona su puesto por tanto tiempo, sea porque no vive en la localidad o porque no le interesa.

Se indica que en el Congreso existe un proyecto similar, con un límite de 30 días de ausencia, por lo que debe promoverse un debate para consensuar dictámenes que son positivos en el fondo.

Efectivamente, quien pretende manejar a control remoto un despacho de alcaldía no es consecuente con el juramento que hizo ante sus vecinos, que lo eligieron para administrar la localidad y ejecutar los planes y programas correspondientes (art. 192 de la Constitución). Ello implica no solo participar en las sesiones de concejo sino también observar críticamente la vida cotidiana y sus problemas para propiciar soluciones.

Por ello, así como procede la revocatoria de los alcaldes ineficientes, el mismo principio y la misma sanción aplica a quienes abandonan sus cargos, dando la espalda al mandato popular. ■

¿SE HUNDE EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI?

Finalmente, lo callaron

Carlos Alberto Montaner
Firmas Press



Primero el rey lo mandó a callar. Ahora los venezolanos acaban de hacer lo mismo. Los dos fenómenos, además, están relacionados. Cuando don Juan Carlos le exigió que cerrara la boca, creó, sin proponérselo, el más formidable eslogan contra el aprendizaje de dictador, y le dio a la oposición el impulso que necesitaban los estudiantes universitarios para vencer la apatía y llevar al pueblo a las urnas nuevamente.

Las consecuencias de esta derrota de Chávez son enormes. Aparentemente estaba en juego la aprobación de una Constitución cercana a la que rige en Cuba (inspirada en la legislación stalinista de 1936), pero, en realidad, se jugaba algo mucho más importante: el destino del llamado socialismo del siglo XXI y los delirantes planes de conquistar América Latina para la causa del colectivismo autoritario. Los venezolanos no quieren el comunismo dentro de su patio, y mucho menos costear la aventura de convertir a Venezuela en la URSS de nuestro tiempo.

Los mandamases cubanos seguramente tomaron buena nota: no podrán contar indefinidamente con el subsidio venezolano, calculado en US\$4.000 millones anuales. Esos cien mil barriles de petróleo diarios en al-

gún momento dejarán de fluir, lo que les obligaría a un feroz racionamiento energético, peor al sufrido a principio de los noventa.

Todo esto sucede con un Fidel Castro moribundo, que insiste en postularse al Parlamento para seguir siendo presidente, ya sin otro objetivo que impedir cualquier cambio en Cuba. Pero la verdad es que si pretendía sostenerse enquistándose en el presupuesto venezolano, como hizo antes con la URSS, ese saqueo no será posible durante mucho tiempo.

Para Evo Morales la noticia también es un mazazo. Su gobierno es el más débil del eje chavista. La derrota del venezolano lo sorprende en medio de una fraudulenta operación para forzar una nueva constitución que le permita reelegirse. Tiene en contra medio país geográfico y étnico. Si Chávez no pudo imponer su voluntad, mucho menos podrá él frente a la aguerrida oposición que lo adversa.

En Ecuador, con otra intensidad, ocurre algo parecido. Rafael Correa, uno de los pocos amigos personales de Chávez en la región, basado en su popularidad, intenta refundar el país para manejarlo con una vieja visión cepaliana de la economía, trufada con la influencia de la Teología de la Liberación, pero probablemente la experiencia venezolana le sirva como un factor de moderación. La percepción que ahora se generaliza en toda la región es que el socialismo del siglo XXI será un fenómeno efímero.

Pero es en Venezuela, natural-

ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR



mente, donde la derrota de Chávez genera mayores turbulencias. El mito de la invencibilidad del líder adorado se acabó, y el chavismo está mucho más cerca de ser una banda primitiva que un partido político moderno. Si Chávez abandonara la presidencia en el 2013, ¿quién lo sustituiría y cómo se elegiría al nuevo candidato? Ahora comienza la lucha por la sucesión y la consecuente fragmentación del grupo.

En la oposición hay también una recomposición importante. El factor más novedoso fueron los estudiantes demócratas, verdaderos héroes en la derrota de Chávez, con tres brillantes portavoces como primeras figuras. Quedan políticamente vivos, entre otros, Manuel Rosales, gobernador del Zulia; Julio Borges, líder de Primero Justicia; y Enrique Mendoza, muy activo tras bambalinas en respaldo del rechazo a Chávez. Sin embargo, la figura clave, a partir de ahora, quizás sea el enigmático general Raúl Baduel, quien en el 2002 devolviera la autoridad a Hugo Chávez, y ahora se ha movido en la dirección contraria. Si decide aspirar, será un personaje a tomar en cuenta. En todo caso, la oposición democrática necesitará un candidato único para resistir al chavismo, más o menos como los chilenos de la Concertación tuvieron que ponerse de acuerdo para derrotar a Pinochet.

Lamentablemente, todavía es prematuro para hablar de la herencia que dejará el chavismo. Al teniente coronel le queda mucho por destruir mientras permanezca en Miraflores. En medio del río de petrodólares más impresionante que ha recibido Venezuela a lo largo de la historia, el país está hoy infinitamente peor gobernado, y la sociedad mucho más crispada que en 1998, cuando de una manera insensata se entregó a un aventurero ignorante cuya mejor credencial era que en 1992 había intentado acabar a tiros con el sistema democrático. Tal vez, cuando termine este triste episodio, esa sea la única herencia positiva que deje el chavismo: para que una nación prospere y triunfe, hay que saber elegir. Los venezolanos, parece, están aprendiendo. ■

HUMOR PROFANO

Por Molina



A PROPÓSITO DEL SÍNDROME DEL PERRO DEL HORTELANO

Un crecimiento de ancha base

Juan Arroyo
Investigador de la U. Cayetano Heredia



El artículo del presidente García "El síndrome del perro del hortelano" ha potenciado un debate iniciado en los últimos tiempos sobre el mediano plazo del país, con la aparición de libros de visiones opuestas como los de Jaime de Althaus ("La revolución capitalista en el Perú") y de Francisco Durand ("El Perú fracturado"), y con la multiplicación de seminarios que intentan capturar el sentido de la marcha del país, pero con una discrepancia que llama la atención, entre el pesimismo histórico y el triunfalismo de corto plazo. ¿Por qué esta discrepancia?

El Perú está en un momento especial, expectante, que podría permitirle salir del vaivén de ciclos cortos de expansión y recesión, sin superar sus niveles históricos de crecimiento, pobreza y desigualdad. Nunca hemos tenido tantos años seguidos de crecimiento del PBI, de los más altos en América Latina. La balanza comercial es positiva, la inversión privada ha crecido y se ha reducido el peso de la deuda externa respecto al PBI, mejorando la calificación de riesgo país.

Sin embargo, también hay evi-

dencias que ratifican que la economía peruana es bastante heterogénea y con grados diversos de conexión interna. Durand habla con acierto de tres economías: la formal, la informal y la delictiva. Por eso, pese a la expansión del polo formal, la pobreza rural ha bajado muy poco, a diferencia de la pobreza urbana, y la sierra y la selva tienen otros ritmos distintos que la costa. Ya hace tiempo los economistas del Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico y del BBVA Continental habían venido señalando que la elasticidad PBI-empleo y PBI-pobreza son bajas, lo que quiere decir que por cada punto de crecimiento económico las variaciones en el empleo y la pobreza son bastante menores. Esta heterogeneidad es la que crea la imagen del vaso medio lleno o medio vacío, según desde donde se mire.

Por eso, mientras la franja empujadora de las grandes empresas y las mypes se ha lanzado a correr la ola, los perdedores de siempre han comenzado a originar otro tipo de conflictividad social, la propia de los ascensos, ya no por repartirse lo poco que hay, sino más bien por compartir el 'boom'.

La desconfianza de un sector poblacional es subjetiva y objetiva, esto es, se alimenta a veces de prejuicios y tesis desfasadas, pero también de realidades y experien-

cias vividas. Porque las cosas están un poco al revés de lo normal en el país: lo nuevo desde el 2002 es que la estructura construida por las políticas de los 90, que reprimizó y globalizó la economía, está en un momento expansivo. Las críticas a esta estructura, tan brillantemente resumidas por Gonzales de Olarte y otros, no han dejado de tener razón, pero hoy esa estructura, riesgosa por sus altas externalidades y no deseable por los niveles de exclusión que produjo, ha encontrado oxígeno en los precios de nuestros minerales y ha comenzado a mover con efecto dominó a los círculos alejados. Hubiéramos deseado que el aventón nos agarrara con otra estructura. El estudio último de Arellano muestra que el ingreso familiar y el consumo han comenzado a crecer en 16 ciudades del interior.

La única forma de cerrar filas, de comprometer a una gran mayoría en el aprovechamiento de la ventana de oportunidad y hacer sostenibles sus resultados, es promoviendo un crecimiento de ancha base, que involucre a la franja de las mype y al mundo rural, además de repotenciar las políticas sociales. Ello implicaría seguramente, entre otras cosas, convertir a los ministerios de Trabajo y de Agricultura en otras dos grandes locomotoras nacionales, del mismo nivel que el MEF actual. ■

rincón del autor

Jaime de Althaus Guarderas



Cada región, cada provincia, cada distrito, cada comunidad, cada empresa, cada institución, cada universidad, cada familia se preguntará: ¿Cómo puedo participar...?

Otro espíritu

Ahora hay un gran objetivo nacional, insoslayable: conquistar el mercado norteamericano, y lograr que la mayor parte posible de los peruanos participe en esa conquista. La gran ventaja de un reto nacional de esta magnitud, es que pone el enemigo —si cabe tal término— fuera del país, y no dentro. Obliga a sumar esfuerzos, a remar en la misma dirección.

Fomenta la asociación, no la disociación. El aporte, no el boicot. La colaboración, no el conflicto.

Lo que probablemente ocurrirá es que cada región, cada provincia, cada distrito, cada comunidad, cada empresa, cada institución, cada universidad, cada familia se preguntará: ¿Cómo puedo participar, qué puedo exportar, o qué bien o servicio puedo venderle al que exporta? ¿Cómo me engancha, en

suma? Se exigirá caminos y carreteras para bajar los costos de transacción, una educación secundaria más práctica y técnica, que prepare para algo que enseñe inglés, unas universidades que adecuen su oferta de profesiones, maestrías y diplomados a la demanda de las empresas para la exportación o para las distintas formas de turismo receptivo, y capacidad de investigación tecnológica para facilitar la innovación y la creación de tecnología y nuevos productos. Se les pedirá a los gobiernos regionales y al gobierno nacional orientación, seminarios,

cartillas, y a nuestros agregados comerciales en Estados Unidos —y en todos los mercados externos— identificar la demanda en esos países, los productos que se importan y poner a disposición de todos esos listados con las características de los productos. Se le exigirá a los puertos y aeropuertos funcionar con eficiencia y bajo costo, y al Congreso unas leyes laborales más flexibles y menos onerosas que sean cumplibles a fin de poder contratar formalmente y participar así en las exportaciones. Se necesitará un Poder Judicial que resuelva, rápidamente

te y sin coimas, los conflictos que se presenten entre socios o entre partes en un negocio, para que los que inviertan tengan garantías.

El país entrará en otra dinámica, en otra velocidad, en otro nivel de exigencia. Las coartadas históricas para la inacción o la ineficiencia perderán peso. Se tendrá que imponer la cultura de la meritocracia, del presupuesto por resultados, de la rendición de cuentas, del servicio al ciudadano (por parte del Estado). Los puestos públicos dejarán de ser sinecuras o prebendas.

Las empresas serán vistas co-

mo portaestandartes de la nacionalidad y su interés será el de todos y el de sus propios trabajadores porque lo que el país podrá exportar será lo propio, lo que puede ofrecer, lo que está en las manos y en el cerebro de todos.

Los candidatos de todos los partidos se verán obligados a formular propuestas para aprovechar mejor el TLC —este y otros— de modo que habrá una competencia de ideas positivas apuntando al mismo objetivo. El debate político tenderá a volverse más constructivo. Otro espíritu, en suma. Bienvenido sea. ■